

JORDI RAICH

¿Quién controla Afganistán?

El conflicto de Afganistán se caracteriza por un continuo juego de alianzas y fidelidades en el plano regional e internacional, constantemente rotas y rehechas. Este artículo analiza el papel de Pakistán, Irán, Arabia Saudí, Rusia, China y las nuevas repúblicas de Asia Central en la financiación y sostenimiento de los talibán y de sus opositores, en una guerra tras la cual subyacen intereses políticos y religiosos, y una competencia por el gas, el petróleo y los oleoductos hacia Occidente.

La guerra interminable

En los valles, pastizales, desiertos y montañas de Afganistán habita una población que amalgama la variedad étnica, lingüística y cultural de Asia Central, el subcontinente indio, Oriente Medio y China. Pushtun, tayikos, uzbekos, hazara, árabes, baluchis, viven en pueblos y ciudades donde florecieron el arte, la poesía, la arquitectura, el comercio y la guerra. A lo largo de los siglos Afganistán ha formado parte de los imperios Archaemenio, Persa y Mongol. Darío El Grande, Alejandro Magno y Genghis Khan atravesaron sus tierras anexando territorios y fundando asentamientos. Interminables caravanas de mercaderes cruzaron los peligrosos pasos del Hindu Kush trazando la ruta de la seda para la explotación de telas, especias, marfil, rubíes, plata y lapislázuli al Imperio Romano. Los escritos y leyendas de los que por aquí pasaron dejaron constancia de la indomable naturaleza de los afganos.

Cuando en 1747 Ahmed Shah fundó el reino de Afganistán, éste no era más que una confederación de tribus y *khanatos* regidos por poderes locales en constante lucha los unos con los otros. En este escenario, la Inglaterra victoriana y la Rusia zarista protagonizaron una guerra subterránea de espías y pactos de anexión en una pelea sin cuartel por el control de Asia Central. Rudyard Kipling inmortalizaría esa lucha con el nombre de *The Great Game*.¹ Dos veces intentaron los británicos controlar la tierra de Ariana y ambas fueron humillados, añadiendo un capítulo más al mito de la invencibilidad afgana. Los acuerdos anglo-rusos de fina-

¹ Literalmente: El gran juego. Ver Rudyard Kipling, *Kim*, Penguin, Londres, 1994), p. 173.

Jordi Raich es
cooperante
internacional

les del siglo pasado establecieron la frontera norte con las tierras del zar a orillas del río Amu Darya y con la India colonial a lo largo de la Durand Line.

Pero el *Great Game* no había terminado. Afganistán inició un proceso de acercamiento al vecino del norte que culminó en el Tratado de Amistad de 1921, un acuerdo que facilitaría la invasión soviética de 1979. Bajo el prisma ideológico de confrontación entre grandes bloques que caracterizó la Guerra Fría, esta vez tocaba jugar a EE UU. Las administraciones americanas de la década de los ochenta gastaron 3.000 millones de dólares en armar y mantener a los mujahidin en una guerra de guerrillas que se cobraría innumerables víctimas y sembraría diez millones de minas por todo el país.

La retirada de las tropas soviéticas en 1989 y el posterior colapso de la URSS justificaron la disminución del interés de EE UU que, a principios de los años noventa, daría oficialmente por concluida la ayuda militar y humanitaria a Afganistán. Este hecho y la emergencia de las nuevas repúblicas independientes de Asia Central regionalizaron el conflicto alterando la estructura geopolítica local. Mientras en el Afganistán postsoviético reinaban la anarquía y las luchas fratricidas entre comandantes mujahidin por el control de Kabul, los antiguos y nuevos actores asiáticos se enzarzaron en una guerra de alianzas y fidelidades, rotas y rehechas una y mil veces, con los orgullosos líderes militares afganos que derrotaron al ejército rojo. En esta nueva fase del *Great Game* los ubicuos intereses políticos y religiosos son todavía parte de las reglas, pero la ruta de la seda y sus lujosas mercancías han sido reemplazadas por sueños de gas, petróleo, oleoductos y autopistas. La situación dió una pirueta más con la aparición de un fenómeno que durante dos años pasaría prácticamente desapercibido fuera de la región para luego saltar a la palestra internacional: los taliban.

El rompecabezas asiático

La primera vez que oí hablar de los taliban fue a finales de 1994 en el bazar de Jalalabad. Desde el primer momento estuvieron rodeados de un aura de misterio y santidad. Confusos rumores aseguraban que eran una fuerza creada por la ONU o EE UU, se decía que no luchaban con armas sino con el Corán que cada taliban llevaba en un bolsillo especial bajo el brazo, que su objetivo era restaurar la monarquía. Pocas semanas más tarde viajé a Kandahar, la población recién "liberada". Los más de veinte controles militares, gestionados por diferentes comandantes, que extorsionaban a conductores y pasajeros en la ruta entre Quetta y Kandahar habían desaparecido. En la ciudad, hallé a unos líderes taliban jóvenes e inexpertos, con pocas ideas, pero con un mensaje claro: ellos eran los hijos de la Jihad que, desilusionados con las actividades criminales de los Mujahidin, habían sido enviados a purificar Afganistán. En tres años crecerían de un puñado a más de 30.000 combatientes que controlan hoy en día el 90% del territorio.

El tiempo desvelaría que la principal fuerza regional detrás del fenómeno taliban era Pakistán, más concretamente su servicio de inteligencia, conocido como ISI. Hekmatyar, militar de origen pushtun, fue durante años el favorito de Islamabad en la lucha por el control de Kabul, en manos de los tayikos Massoud y Rab-

bani desde 1992. El ejército paquistaní pareció darse cuenta en 1995 de que los taliban eran la única alternativa posible para alcanzar los objetivos estratégicos de su país. A medida que los taliban iban conquistando territorio, Pakistán fue gradualmente aumentando el apoyo militar, financiero y político a la nueva milicia islámica mientras Hekmatyar caía en el olvido. La asistencia incluye munición, apoyo logístico y técnico, asesores, combatientes y ocasional cobertura aérea. En lo político, el mayor espaldarazo diplomático que Islamabad ha dado al nuevo poder afgano es el reconocimiento oficial del Gobierno taliban el día después de la conquista de Mazar-e-Sharif. Los objetivos de Pakistán se han mantenido constantes desde el principio del conflicto: asegurar en Kabul un gobierno favorable; repatriar a los millones de refugiados afganos en su territorio; acceder a los mercados de Asia Central; establecer una ruta segura para exportar gas y petróleo desde Turkmenistán vía el Mar de Arabia; aumentar su peso estratégico regional con respecto al eterno rival indio. Sin embargo, su apoyo ciego, terco y siempre desmentido a una milicia afgana pushtun y sunni, y con una interpretación de la Sharia que Islamabad no comparte, ha alienado en extremo al resto de actores regionales y llevado al límite la paciencia de Arabia Saudí.

La rica y fervorosa Arabia Saudí se considera a sí misma la líder indiscutible del mundo islámico. Política exterior y religión son inseparables y la promoción del *wahabismo* es prioritaria en todas sus acciones diplomáticas. Cuando la URSS invadió Afganistán, los saudíes sintieron amenazadas la estabilidad de la región, su monarquía, las riquezas del Golfo Pérsico y el futuro del Islam. A través de Pakistán, millones de *petrodólares* fueron enviados a la resistencia afgana fundamentalista sunni. Tras la retirada de las tropas soviéticas, Arabia Saudí dejó de sentirse amenazada territorialmente pero cambió de enemigo y, deseosa de contrarrestar la revolución islámica del chiíta Irán, continuó apoyando la instalación de un gobierno amistoso en Afganistán por medios violentos. Ryad jugó un papel fundamental en la meteórica ascensión y expansión de los taliban aportando la ayuda financiera necesaria tanto para las operaciones militares, como para el mantenimiento de las madrasas que nutren las filas de la milicia afgana. Junto con los Emiratos Árabes y Pakistán son los tres únicos países que han reconocido oficialmente al Gobierno taliban. La negativa de éste a extraditar a Osama Bin Laden provocó un nuevo cambio en la política exterior saudí que se distanció de los taliban rompiendo de facto relaciones diplomáticas, una decisión que ha complicado los contactos entre Ryad e Islamabad. Arabia Saudí atraviesa una fase de incertidumbre estratégica durante la cual está manteniendo contactos con diferentes líderes afganos, algunos de ellos alineados con las fuerzas de oposición de la Northern Alliance de Massoud y Rabbani. Apoyarles convertiría al fiel aliado de la milicia islámica y Pakistán, en su enemigo.

El imparable avance de los taliban, seguido con preocupación por Irán, Rusia y los países centroasiáticos, desembocó en abierta hostilidad hacia ellos y Paquistán tras la caída de Kabul en septiembre de 1996. Irán comparte fuertes lazos históricos y culturales con el vecino Afganistán donde el persa es uno de los idiomas más hablados. Al igual que en el caso de Arabia Saudí, economía, religión y sueños de grandeza moldean su política regional. Por una parte Teherán persigue ofrecer una ruta segura de exportación a los países de Asia Central e imposibilitar

*La rica y
fervorosa
Arabia Saudí
se considera
a sí misma la
líder
indiscutible
del mundo
islámico.*

los planes de las compañías UNOCAL (EE UU) y Delta (Arabia Saudí) de construir oleoductos a través de Afganistán. Desde esta perspectiva, la prolongación del conflicto beneficia a Irán que ya ha inaugurado una conexión ferroviaria con Turkmenistán. Por otra parte Irán, único país musulmán oficialmente chiíta, apoya en todo el mundo las causas de las minorías que profesan esta rama del Islam seguida en Afganistán por el 20% de la población. La desintegración de la URSS y la proclamación de nuevas repúblicas islámicas despertaron los deseos de recobrar la influencia cultural y política que en siglos pasados el imperio persa ejerció en esta región. Al principio del conflicto, debido a la guerra que sostenía contra Irak, Teherán intervino tan sólo de forma esporádica para apoyar a grupos armados chiíta. La muerte de Khomeini en 1989, la toma de la capital afgana por los taliban y la misteriosa desaparición del líder chiíta Abdul Ali Mazari, reformularían de forma espectacular la estrategia de Irán. Relegando los intereses religiosos a un segundo plano y primando objetivos políticos y económicos, los nuevos líderes iraníes ampliaron sus contactos y ayuda a grupos chiítas ismailia, sunni de habla persa, tayikos y uzbekos. Ello aumentó ostensiblemente el peso específico de Irán en el conflicto hasta el punto de que Teherán es considerado hoy en día el principal aliado de Massoud, el mismo que antes de la aparición de los taliban aceptó más de 100 millones de dólares de Arabia Saudí. Así, la agenda religiosa anti-sunni de Irán se convirtió en una política étnica anti-pushtun. No es pues sorprendente que los taliban, embarcados en una descarada pushtunización de Afganistán y persecución de las minorías chiítas, especialmente de la etnia hazara, consideren a Irán su mayor y más temido enemigo. Desde la nunca aclarada muerte de varios diplomáticos iraníes durante el cerco de Mazar, las cosas no han hecho más que empeorar.

A pesar de la traumática experiencia sufrida por el ejército soviético en Afganistán y la crisis económica en la que se halla sumida la actual Rusia, ésta no puede permitirse desentenderse del conflicto afgano. Sin embargo, Rusia ya no comparte frontera con Afganistán viéndose obligada a coordinar sus actividades con los países que sí lo hacen: Turkmenistán, Tayikistán y Uzbequistán, tres repúblicas económica y estratégicamente vitales para Moscú. La peor pesadilla de Rusia es un ejército de mulás visionarios manejando armas de destrucción masiva desde Asia Central. El mayor temor de los países centroasiáticos es la desestabilización regional debida a un vecino fundamentalista con potenciales ambiciones territoriales e ideológicas. La expansión del credo taliban a las nuevas repúblicas musulmanas podría repetir los temidos escenarios de Chechenia y Daguestán. Es este un tema especialmente delicado en unos países jóvenes, en busca de una identidad interna e internacional, que están experimentado un fuerte renacimiento cultural y religioso tras 70 años de socialismo secular. El objetivo común de todos ellos es asegurar una administración no radical en Kabul, lo que implica alimentar la inestabilidad en Afganistán para preservar la estabilidad en la CIS. Dicho ideal convive con los intereses económicos opuestos de Rusia y Asia Central, pues ésta última alberga en su subsuelo el mayor tesoro del siglo XXI: reservas de gas y petróleo que empequeñecerán las del Golfo Pérsico. Los nuevos gobiernos buscan ansiosamente una puerta a los mercados europeos y asiáticos para unas riquezas minerales que ahora venden a Rusia a

un precio muy inferior al del mercado internacional. Afganistán ofrece la ruta más corta. Con el gradual avance taliban, y especialmente tras la captura de las ciudades del norte, la ayuda a los grupos de oposición étnicamente afines ha ido en aumento. Uzbequistán proporcionó asistencia militar al comandante uzbeco Dostum, que controlaba la región fronteriza de Mazar-e-Sharif hasta que los taliban la conquistaron en octubre de 1997. Temiendo la expansión del conflicto y una oleada de refugiados, Tashkent selló la frontera. Rusia actúa principalmente a través del debilitado Tayikistán. De hecho las fronteras de éste son protegidas por el ejército ruso y Moscú suministra a los tayikos Rabbani y Massoud armamento, municiones, combustible y 20 millones de dólares mensuales en moneda afgana. Turkmenistán ha sido hasta la fecha el país centroasiático más pragmático de todos. Su principal objetivo es comerciar con el resto del mundo y para ello intenta mantener buenas relaciones con todos los actores regionales incluidos los taliban, cuyo gobierno no ha reconocido.

En coordinación con Moscú, India también envía regularmente asistencia militar a Massoud. La política india con respecto a Afganistán no podría ser más simple: apoyar a todo aquel que luche contra los intereses de Pakistán. India quiere evitar a toda costa la formación de un bloque musulmán que daría a Islamabad un peso estratégico que Nueva Delhi teme.

China es la más reciente incorporación al rompecabezas regional. El gigante asiático comparte apenas unas decenas de kilómetros de frontera con Afganistán en la remota región de Wakhan y siempre se había mantenido al margen del conflicto. A principios de 1999, China estableció contactos con los taliban e incluso se rumorea la posible apertura de una embajada en Kabul. Ello confirmaría la sospechas de que Beijing ha decidido apoyar diplomáticamente a su aliado Paquistán, cuyo objetivo final es que un miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU reconozca al Gobierno taliban.

El títere rebelde

Tras diez años luchando contra el enemigo común soviético, el conflicto de Afganistán se atomizó en decenas de grupos armados divididos en función de afinidades étnicas y religiosas o de lealtad a determinados comandantes. Los países vecinos interesados en la guerra elegían a su favorito y cambiaban a placer según el desarrollo de los acontecimientos y la oferta. Desde 1994 los taliban serían, contra todo pronóstico, el elemento aglutinador que polarizaría de nuevo la contienda reduciéndola a dos claros bandos: ellos contra la variopinta Northern Alliance. De esta forma, los irreconciliables intereses de Irán, India, Rusia, Uzbequistán y Tayikistán convergirían para apoyar a Massoud contra los taliban de Pakistán y Arabia Saudí.² En esta guerra cainita donde Afganistán pone el escenario y los muertos, todos los países de la región están involucrados porque otros también lo están. La máxima a seguir parece ser la del enemigo de mi enemigo es mi amigo. Nada nuevo históricamente si recordamos las disputas en suelo afgano entre Rusia e Inglaterra en el siglo XIX o entre la URSS y EE UU durante la década de

La máxima a seguir parece ser la del enemigo de mi enemigo es mi amigo.

² Los aliados no asiáticos de ambos bandos son Francia y EE UU respectivamente.

los ochenta. Hoy, India quiere contener a Pakistán, éste quiere contener a Irán, Arabia Saudí e Irán quieren contenerse mutuamente, Rusia quiere retener el control de Asia Central y para ello quiere contener a todos los demás... Pero, ¿son los taliban las marionetas que parecen ser?

No. Los taliban, pese a ser considerados hijos de Pakistán, Arabia Saudí y EE UU, han hecho honor desde el principio a la reputación de fiera independencia de la que los afganos en general, y más concretamente los pushtun, se sienten orgullosos. Paquistán, que siempre esperó agradecimiento de una milicia islámica, la mayoría de cuyos miembros nació y se educó para la lucha en los campos de refugiados en su territorio, es quien se lleva la peor parte: buscando poder sin responsabilidad ha obtenido responsabilidad sin poder, es incapaz de controlar a los taliban pero recibe todas las críticas por su existencia y comportamiento. Los esfuerzos diplomáticos de Islamabad para convencer al movimiento de que la mejor estrategia es negociar la paz han chocado con la negativa radical a compartir el poder. Los intentos de Pakistán, bajo fuerte presión rusa, americana y saudí, de liberar a los pilotos ucranianos capturados en 1995 o extraditar a Osama Bin Laden han topado con la indiferencia taliban. Las recomendaciones de moderar su extremismo islámico, especialmente en lo tocante a la falta de acceso de las mujeres a educación y salud, han caído en oídos sordos. Persiguiendo enemigos los taliban incluso se permiten bombardear Pakistán. Con el tiempo, la milicia islámica ha perdido la inocente franqueza que la caracterizó y ha aprendido a responder ambiguamente; a enviar delegaciones a las negociaciones de paz del grupo de los Seis más Dos ³ en Dushanbé, Ashgabat o Tashkent sin la mas mínima intención de negociar nada; a prometer que erradicará el cultivo de opio mientras la cosecha no deja de crecer; a hacer declaraciones de fraternidad étnica mientras elimina a los hazara. Las dos verdaderas y únicas prioridades de los taliban son la conquista de la totalidad del territorio y el reconocimiento internacional de su gobierno. Educación, servicios sociales, administración, sistema judicial, rehabilitación de estructuras, desminado, deben esperar.

La mayoría de observadores, Naciones Unidas a la cabeza, coincide en que la principal causa de la agonía afgana es la interferencia exterior. Es cierto que el conflicto fue alimentado y promovido por la URSS y EE UU durante la ocupación soviética. También es innegable que son las ayudas y aportaciones financieras extranjeras las que sostienen la guerra hoy en día, pero tal afirmación propaga la falsa idea de que sin intervención exterior las hostilidades cesarían. Afganistán lucha una guerra de pobres cuyos combates decisivos son a base de kaláshnikov, lanzagranadas y tropas que se desplazan en *pick-ups*. Los escasos y cochambrosos aviones de combate y los anticuados tanques son más simbólicos que nada. En las batallas de tierra quemada que estos meses asolan las llanuras del Shamali, los muertos se cuentan por miles y todos son víctimas de armas ligeras. Ante la disminución de la ayuda estadounidense, rusa y saudí, tanto los taliban como las fuerzas de la Northern Alliance han diversificado sus fuentes de finan-

³ Este grupo intenta negociar un acuerdo de paz y está integrado por representantes de los seis países vecinos de Afganistán (Irán, Pakistán, China, Tayikistán, Uzbekistán y Turkmenistán), Rusia y EE UU.

ciación: cultivo de opio, impuestos exorbitantes a la población, tasas de aduanas, confiscación de bienes, donaciones de ricos hombres de negocios árabes o de la diáspora afgana, extorsión de mercaderes en los bazares, pagos millonarios de la mafia del transporte paquistaní, ayuda humanitaria desviada, explotación de recursos naturales. Si ello no fuera suficiente para alimentar la continuación de la guerra, incluso en el improbable caso de que la interferencia cesara, existe además un factor social cuyo peso no debe ser menospreciado. Tras veinte años de enfrentamientos muchos de los combatientes actuales, especialmente en las líneas taliban, son jóvenes de entre 15 y 30 años nacidos en campos de refugiados, cuya única educación consiste en unos pocos cursos de teología islámica, cuyo único medio de vida es la guerra y para los que los "buenos tiempos del rey Zaher Sha" son cuentos de viejos. Una sociedad en la cual los hijos han recibido menos formación que sus padres.

Edward Luttwak, siguiendo la teoría expuesta en su ya popular y polémico ensayo publicado recientemente en *Foreign Affairs*,⁴ aconsejaría a la ONU a suspender los esfuerzos para detener las hostilidades y permitir que la guerra siga su curso y se extinga. Pero, Afganistán es precisamente un conflicto que "olvida" citar en su artículo, una de las guerras que refuta sus ideas. Porque en pocos conflictos como en el afgano la guerra ha tenido más "oportunidades" y los esfuerzos para encontrar una solución negociada han fracasado de forma más estrepitosa. Más de dos décadas de violencia que con Muro de Berlín o sin él no ha cesado y que, con intervención externa o sin ella, continúa y continuará.

¿Quién manda aquí?

En el Afganistán del siglo XXI es la milicia islámica taliban la que realmente controla la práctica totalidad del país y, mal que pese a muchos, su deficiente administración mantiene una paz desconocida por la mayor parte de la población. A buen seguro no es una paz justa, aunque tal término es tan escurridizo como el de la guerra justa, pero la entusiasta acogida que los afganos dieron a los taliban se debió, antes que nada, a la sensación de seguridad y estabilidad que supieron crear imponiendo la ley islámica y desarmando a las facciones en la zonas que iban conquistando.

Los taliban son actores con nombre y papel propios que explotan con acierto las diferencias, debilidades y frágiles equilibrios entre los países involucrados. Saben que Rusia, por mucho que intervenga, nunca se arriesgaría a enviar tropas tras el escarmiento sufrido a manos de los mujahidin. Saben que Arabia Saudí, aunque no les perdona la no extradición de Osama Bin Laden, tiene muy pocas opciones pues nunca apoyaría una oposición financiada por Irán. Saben que Pakistán lo ha apostado todo a su favor y no tiene escapatoria atenazado por sus propias decisiones políticas y las presiones de sus aliados. A cambio de no agitar los deseos de independencia de los musulmanes de la provincia de Sinkiang, los taliban sueñan con obtener de China el reconocimiento oficial. Miran con desprecio los intentos de imponer sanciones en una zona donde las fronteras son incon-

*Los taliban
son actores
con nombre y
papel propios
que explotan
con acierto
las
diferencias,
debilidades y
frágiles
equilibrios
entre los
países
involucrados.*

⁴ Ver Edward N. Luttwak, 'Give War a Chance', *Foreign Affairs*, julio-agosto de 1999.

trolables. Saben que Massoud podría resistir largo tiempo en su refugio del valle del Panshir pero nunca recuperará el territorio perdido. Temen por encima de todo a Irán, su antítesis étnica y religiosa.

Este invierno la guerra continua en la provincias al norte de Kabul, especialmente en Bamian, Kunduz, Takhar y Shamali. Como cada año, rumores sobre el número de muertos inundan los bazares, oleadas de desplazados deambulan en busca de seguridad y ayuda internacional, la cifra de prisioneros aumenta y las llamadas al cese de las hostilidades son diarias. En otras palabras, nada nuevo en el frente. En unos meses las nieves cerrarán los pasos y la primavera que viene se repetirá la historia. O tal vez no. Porque esta temporada la novedad no está en la línea del frente sino detrás de ella, porque a pesar de la imagen monolítica que dan los taliban, Afganistán sigue siendo un país profundamente dividido en centros de poder donde apoyar a uno significa enojar al otro. Sus mayores enemigos no son ni Irán, ni Massoud, sino los taliban mismos, su propio éxito.

La pureza, idealismo y unidad iniciales del movimiento se han ido diluyendo con la conquista de ciudades y provincias culturalmente diferentes, la necesidad de reclutar tropas y funcionarios y los intentos de deshacerse de la etiqueta "push-tun-sunni". Las filas taliban se han engrosado con urbanitas moderados, corruptos ex-comandantes mujahidin y militantes tayikos y uzbekos que no confían en los pushtun. Junto con la escasez de recursos, el estancamiento de la guerra sin los espectaculares avances de antaño y una forma de gobierno sin un poder central fuerte,⁵ son los ingredientes que pueden provocar el declive de la era taliban. La población civil, que tanto admiró la honestidad taliban, está cada vez más desengañada ante la creciente extorsión económica de las autoridades, corrupción en controles y ministerios, reclutamiento forzado, pederastia en las bases militares, cierre indefinido de las escuelas femeninas, detenciones masivas y desigual aplicación de las leyes. Baste como ejemplo el celo con el que la institución taliban por excelencia, la Policía para la Prevención del Vicio y Promoción de la Virtud, arresta a todo aquel que lleva el pelo un poco largo, rasura su cabeza, cobra por ello y tras tenerlo una noche en el calabozo lo libera. Lo que más molesta a las víctimas no es el hecho en sí, sino que son muchos los taliban que lucen las orgullosas melenas hasta los hombros características de los mujahidin. Los signos de desconfianza y pérdida de apoyo popular son cada vez más evidentes y los casos de desobediencia civil más atrevidos y numerosos. Las deserciones entre los estudiantes salidos de las madrasas se cuentan este año por centenares, algo impensable hace apenas unos meses. Numerosas mujeres desafían a las autoridades descubriéndose la cara y organizando manifestaciones para pedir libre acceso a los bazares y educación y hospitales para sus hijas. A finales de septiembre, la policía religiosa interrumpió un partido de fútbol en el estadio de Kabul para obligar a los 20.000 aficionados presentes a rezar, tras la negativa de la mayoría de ellos el partido terminó en batalla campal. Los taliban cada día se parecen más a los mujahidin que pretendían erradicar. La lucha interna de poder, hasta la fecha soterrada, salió a flote con el espectacular camión bomba que

⁵ Los taliban han transformado el Estado Islámico de Afganistán en un Emirato Islámico.

explotó en agosto frente a la casa del líder supremo Mulla Omar causando más de 40 muertos y centenares de heridos. La milicia islámica, en una actitud nada convencional, se limita a asegurar que las investigaciones continúan sin acusar a ningún país o grupo. Todo apunta a que, en realidad, las divisiones en el seno del movimiento son más acusadas que nunca y la facción "moderada" planeó el atentado. El nerviosismo y desorientación de la cúpula taliban son palpables.

¿El principio del fin?

Tal vez. Pero por paradójico que parezca lo peor que podría ocurrirle a Afganistán es la desaparición del movimiento taliban, el único que en los últimos 20 años ha sido capaz de crear una cierta unidad, controlar de forma efectiva y pacificar la mayor parte del territorio. La sola alternativa a los taliban es el caos. Ni Masoud y su frágil alianza de minorías, ni el manido gobierno de coalición nacional que propone la ONU son opciones realistas porque es imposible que funcionen con las rencillas y rencores históricos existentes entre los líderes militares y políticos. Nos gusten o no, los taliban son la nueva generación. Su desaparición no es el fin de la guerra, sino la vuelta al desorden generalizado y a las luchas intestinas que caracterizaron la era mujahidin. La política de sanciones y aislamiento que propugnan casi todos los países occidentales sólo creará más violencia y facilitará el narcotráfico, el terrorismo y la violación de los derechos humanos que aseguran querer controlar. Reconocer al Gobierno taliban y establecer con él contactos oficiales a todos los niveles negociando su integración a la sociedad de naciones es el mayor favor que la desorientada comunidad internacional puede hacer a la sufrida población afgana.